

"Qué Pasa Al Morir"

Puesto que nadie vive para siempre en esta tierra, ¿qué nos sucederá cuando muramos? Vamos a explorar la Biblia para entender lo que pasa al morir. La Biblia dice: "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley." (Deuteronomio 29:29). Dios no responde todas las preguntas que podríamos hacer, pero nos da todo lo que necesitamos saber, todo lo que se refiere a la vida y la piedad. Si deseas vivir con Dios eternamente, lo más importante que puedes hacer es estudiar Su Palabra.

A nadie le gusta hablar o pensar en la muerte, y sin embargo, es un tema que no podemos evitar. Hebreos 9:27 dice: "está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto, el juicio." Desde pequeños hemos oído sobre el juicio, el cielo y el infierno. Sabemos que existe algo más allá de esta vida, pero no siempre conocemos todo lo que quisiéramos saber. Las películas y la televisión estimulan nuestra imaginación, pero solo nos dan conjeturas de lo que podría haber más allá. Queremos saber lo que Dios dice que sucederá cuando muramos, y por eso acudimos a la Palabra inspirada de Dios para obtener respuestas.

Hoy estamos hablando de un tema sensible, por lo que quiero hablarte de manera personal, como si fuéramos dos amigos conversando de corazón a corazón. La vida es corta, y la muerte es segura. Aunque seas joven y estés sano, no puedes escapar de esta realidad. La muerte abrirá la puerta a la experiencia más maravillosa que jamás hayas disfrutado o a la peor experiencia que alguien podría tener. Dios quiere bendecirte, y la Biblia nos da la información necesaria para hallar esa bendición.

Nuestra lectura de hoy proviene de la carta de Santiago 4:13-17:

¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala; y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado."

La palabra "muerte" aparece más de 150 veces en el Antiguo Testamento y 120 veces en el Nuevo Testamento. La muerte representa una separación. La muerte física separa el cuerpo del espíritu. La muerte espiritual separa a las personas de Dios y de Su bendición. Nos duele cuando perdemos a nuestros seres queridos, porque sabemos que ya no podremos estar con ellos en esta vida. La buena noticia es que, aunque la muerte sea una separación, no es el fin de nuestra existencia.

Cuando murió el primer hijo de David y Betsabé, David dijo: "Yo voy a él, mas él no volverá a mí" (2 Samuel 12:23). Todos moriremos un día. Los ángeles vendrán por nosotros y llevarán nuestros espíritus a otro lugar.

La Biblia describe la muerte así: "Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta" (Santiago 2:26). Observa que dice que el cuerpo está muerto, pero somos más que un cuerpo. Somos cuerpo y espíritu. El cuerpo muere, pero el espíritu sigue existiendo. Eclesiastés 12:7 dice: "y el polvo vuelva a la tierra como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio." Al morir, nuestros espíritus vuelven a Dios, quien nos creó. Dios es el Padre de los espíritus según Hebreos 12:9. Tu espíritu no es físico o material, y no está sujeto a la muerte.

En la cruz, Jesús le dijo al ladrón: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23:43). El Señor deja claro que sobreviviremos y seremos conscientes más allá de esta vida. Jesús esperaba ver al ladrón en el Paraíso. Hay un espíritu interior que sobrevive a la muerte y permanece consciente. La vida aquí y ahora no es todo lo que existe.

Está establecido que moriremos una sola vez y luego vendrá el juicio. La muerte encierra misterios para nosotros, sin duda. Lo desconocido, especialmente el juicio, puede dar miedo. Nos preocupa si nuestra vida después de la muerte será pacífica. Jesús dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” (Mateo 7:13-14). Cada vez que leemos un pasaje como Mateo 7, nos sorprende, porque muchos piensan que casi todos serán salvos y que solo unos pocos de los peores se perderán. Pero eso no es lo que Jesús dice.

Debemos considerar la vida después de la muerte. La manera en que vivimos aquí determinará dónde pasaremos la eternidad. ¿Por qué somos salvos? Somos salvos por la sangre derramada de Jesucristo. ¿De qué somos salvos? Somos salvos de la pena del pecado. Jesús nos advirtió: “Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.” (Mateo 5:29-30).

El Señor Jesús nos da una idea de lo que sucede después de la muerte en Lucas 16:19-31. Escuchémosle: “Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos.”

Muchos creen que esta historia es solo una parábola y que por ello no debe tomarse en serio; pero Jesús nunca trata un tema con ligereza. Cuando utiliza una figura de lenguaje como una parábola, lo hace para enfatizar una verdad importante, no para trivializarla.

Sin importar cómo tomemos esta historia, existen dos destinos muy diferentes que nos esperan después de la muerte. Uno es un destino lleno de consuelo, mientras que el otro es de agonía. Tanto Lázaro como el hombre rico sabían dónde estaban. Ambos podían hablar y razonar. Ambos podían recordar la vida que vivieron en la tierra.

A veces, la Biblia se refiere a la muerte como “sueño”. Esto se debe, probablemente, a que el cuerpo después de la muerte parece estar dormido. Sin embargo, esto no significa que nuestros espíritus estén inconscientes o en un estado de estupor. Moisés y Elías, aunque habían muerto siglos antes, hablaron con el Señor Jesús en el Monte de la Transfiguración (Mateo 17:1-5). La muerte le sucede al cuerpo, pero no deja a nuestros espíritus inconscientes.

Las vidas que vivimos aquí, y si estamos bien con el Señor, determinarán nuestro destino futuro. Esta historia ilustrativa de Lázaro y el hombre rico nos abre los ojos sobre lo que sucede cuando nuestros espíritus

dejan este mundo. Después de morir, los ángeles vendrán por nosotros y nos llevarán a un lugar que Dios ha asignado para nosotros. Este puede ser un lugar de consuelo o un lugar de tormento.

Las Escrituras usan la palabra “Hades” para describir el lugar donde van los espíritus desencarnados de las personas fallecidas. Algunos eruditos dicen que “Hades” significa “invisible”; otros dicen que significa “todo-receptor”. Sea una u otra definición, el Hades no debe confundirse con el infierno. Hades es un lugar temporal, donde nuestros espíritus residirán hasta el Día del Juicio. Es temporal; pero el infierno viene después del Juicio, y es eterno. Nadie entrará al cielo o al infierno hasta después de la resurrección y el Juicio. Hades es el lugar donde residen los espíritus de las personas muertas. En la resurrección, esos espíritus regresarán a la tierra y se unirán a cuerpos nuevos, incorruptibles. La muerte es la separación del cuerpo y el espíritu. La resurrección ocurre cuando nuestros espíritus se reúnen con un cuerpo transformado e incorruptible. Hablaré más sobre esto en unas semanas.

Aunque Hades generalmente se refiere a un lugar de tormento, la palabra también puede aplicarse a todo el reino, que incluye tanto un lugar de tormento como un lugar de consuelo. En Hechos 2:27, el apóstol Pedro cita la profecía de David en el Salmo 16:10 sobre la resurrección de Jesucristo. Señaló que, aunque el alma de Jesús no fue abandonada en Hades, su carne no vio corrupción. Cuando Jesús murió, su alma fue al Paraíso, según su declaración al ladrón en la cruz en Lucas 23:43: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”

La palabra Paraíso se usa tres veces en las Escrituras y, en cada ocasión, se refiere al reino celestial donde van los justos después de la muerte. En 2 Corintios 12:2-4, Pablo habla sobre el Paraíso y lo equipara con el “tercer cielo”; es decir, el lugar donde mora Dios. Jesús fue a ese lugar invisible de los espíritus justos y donde mora Dios. En Apocalipsis 2:7, el Paraíso de Dios es donde está el árbol de la vida. Si el alma de Jesús no fue abandonada en Hades, sino que fue al Paraíso, entonces Hades debe contener un lugar donde las almas justas son consoladas.

El apóstol Pablo nos ayuda a entender que tendremos una existencia en forma espiritual después de la muerte y hasta la resurrección. Dice que los justos irán a estar con el Señor Jesús. “Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables.” (2 Corintios 5:6-9). Cuando los justos mueren, van a estar con el Señor.

Pablo también dijo: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:21-23). Pablo dijo que iría a estar “con Cristo” al morir, y que eso sería mucho mejor. Esta es la esperanza cristiana que tenemos: vivir con nuestro Señor Jesús por siempre.

A lo largo de los años, cada vez que he predicado en funerales, he citado a menudo Romanos 14:7-9. La Biblia dice: “Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.” Podemos morir físicamente, pero ni siquiera la muerte puede separarnos del amor de nuestro Señor Jesús. Cuando los cristianos mueren, ese mismo día van a estar con Él. Pero cuando mueren los impíos, los ángeles los llevan a un lugar de tormento.

Por eso debemos estar preparados espiritualmente. Nadie puede hacerlo por nosotros. La Biblia dice: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10). La

persona salva enfrenta el juicio con la sangre de Jesús y con su nombre registrado en el libro de la vida. Puede mirar al más allá con la confianza de que tiene un hogar eterno con el Señor. El incrédulo y la persona que no se arrepiente no tienen tal esperanza. Deben enfrentarse a Dios por su cuenta.

Dios no quiere que nadie se pierda, ni una sola persona; Él quiere que todos sean salvos. Dios no habría enviado a su Hijo, Jesús, a morir en la cruz si su intención fuera condenar a la gente. Pero Dios no obligará a las personas a hacer lo correcto ni a arrepentirse. Dios ha preparado el camino para tu salvación a través del don de su Hijo amado, Jesús. Por su gracia eres salvo. Pero la gracia, como don, debe recibirse mediante la fe y la obediencia. No ganamos nuestra salvación, pero Dios ha determinado que aquellos que reciben su regalo son quienes cumplen sus condiciones.

La Biblia dice: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:8-9). El don de la vida eterna está listo para ti si crees, te arrepientes y eres bautizado. Mi amigo, ¿estás preparado? La muerte es algo que todos enfrentaremos algún día, y podría llegar antes de lo que pensamos. Así que te pregunto: ¿estás preparado? ¿Estás preparado?

Yo compré un seguro de vida para proteger a mi esposa y proveer para mi familia después de que me vaya. Muchas personas compran un terreno, eligen el ataúd y arreglan el servicio mucho antes de su tiempo. Qué insensato es estar tan bien preparado para la muerte aquí, pero no estar preparado espiritualmente para el más allá. No quiero ser como las cinco vírgenes insensatas que no compraron el aceite necesario para sus lámparas. Corrieron a comprar aceite, y mientras estaban fuera, llegó el novio. La puerta se cerró y no se les permitió entrar (Mateo 25:1-14). Ellas no estaban preparadas, y nosotros debemos prepararnos.

No desperdices tu oportunidad en esta vida de estar en paz con Dios; una vez que esta vida se termina, no hay segunda oportunidad. ¿Por qué no iniciar una nueva y diferente dirección, por el bien de tu alma? Jesús dijo: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Puedes perder tu auto, tu casa, tu salud o tu vida, y aun así ir al cielo; pero si pierdes tu alma, lo habrás perdido todo. Haz el compromiso más importante que jamás harás: entregarte al Señor obedeciendo el evangelio. Cree en el Señor Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios. Arrepiéntete de todos tus pecados. Confiesa públicamente el nombre de Jesús, y bautízate en agua en el nombre de Jesucristo para el perdón de tus pecados. Cuando seas bautizado, la Biblia dice en Hechos 22:16 que tus pecados serán lavados. El Señor te añadirá a su iglesia, y serás hijo de Dios con vida eterna.